

## LA RELOCALIZACIÓN DE UN ASENTAMIENTO DE RINGUELET HABITAR LA CASA Y EL BARRIO NUEVOS

**María Sofía Bernat**

Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder “Aníbal Ford”-FPyCS-  
UNLP/CONICET

[sofiabernat@gmail.com](mailto:sofiabernat@gmail.com)

### Resumen

En la presente ponencia analizaremos los modos de habitar de los/as vecinos/as de un asentamiento de Ringuelet (La Plata, Argentina) antes, durante y después de su relocalización. Además, nos proponemos indagar en las transformaciones de sentidos sobre las acciones cotidianas a partir de este proceso y conocer la apropiación del espacio. Durante cuatro años se emprendió una etnografía y se realizaron entrevistas en profundidad y observaciones participantes.

Cabe destacar que luego de las inundaciones del 2 de abril de 2013, el gobierno provincial puso en marcha una política de relocalización del barrio con el objetivo de desarrollar obras hidráulicas para evitar que se repita la catástrofe. En ese marco, los/as habitantes debieron trasladarse primero a viviendas provisorias y luego a definitivas.

En este trabajo analizaremos la mudanza, los sentidos construidos sobre los dos barrios (el asentamiento y el nuevo), sobre las casas (la antigua, la vivienda provisoria y la definitiva) y la vida cotidiana en el territorio relocalizado.

Consideramos fundamental hacer un análisis desde la perspectiva de la cotidianidad porque allí se condensan significados que le damos al mundo, porque hay certezas que no se discuten y que forman parte de nuestro sentido común. Dado que todo se organiza y gira en torno a la vivienda, en tanto espacio de encuentro, de salida, de retorno y de separación de lo público y lo privado, partimos del supuesto de que las relaciones que los sujetos forjan con el espacio no son neutrales, sino que constituyen un elemento fundamental para la interpretación de la realidad y para la vida cotidiana y hay una relación dialéctica entre lo social y lo espacial. Por último, destacamos que las transformaciones territoriales son relevantes por las cuestiones físicas y simbólicas que modifican y permiten preguntarnos si posibilitan el acceso al derecho a la ciudad.

**Palabras clave:** Vivienda – Relocalización – Sentidos – Derecho a la ciudad

### INTRODUCCIÓN

La presente ponencia, que forma parte de la tesis doctoral “Transformaciones socio-urbanas y vida cotidiana: el caso de la relocalización de un asentamiento de Ringuelet (2013-2017). Habitar (después de) la inundación”, tiene como objetivo analizar las transformaciones en los modos de habitar de los vecinos y vecinas de un asentamiento de Ringuelet (La Plata) antes, durante y después de su relocalización. Además, nos proponemos indagar en las transformaciones de sentidos sobre las acciones cotidianas a partir de este proceso y conocer la apropiación del espacio en clave subjetiva individual y comunitaria de

los/as habitantes. En este trabajo vamos a diferenciar dos zonas del barrio: Ciudad Oculta, ubicada detrás de las vías del tren, y la parte del asentamiento que se localiza entre las calles 1 y 3.

Cuando hablamos de habitar, siguiendo a Lefebvre (1971), entendemos que implica una apropiación, una modelación en la que se le da forma a algo. De acuerdo a Duhau y Giglia (2008, p. 22), se trata de una de las actividades más universales e importantes que realizan las personas: es “el proceso de significación, uso y apropiación del entorno que se realiza en el tiempo, y que por lo tanto nunca puede considerarse como ‘acabado’ ya que se está haciendo continuamente”. Los sujetos modifican y construyen sentidos sobre los territorios y existen procesos o acontecimientos que pueden poner en crisis las maneras de concebirlos, como fue la relocalización.

Por eso, consideramos fundamental hacer un análisis desde la vida cotidiana porque allí se condensan cuantiosos sentidos y significados que le damos al mundo, porque hay certezas que no se discuten y que constituyen nuestro sentido común. Para Reguillo (2005) la vida cotidiana es una perspectiva –no un contenido– que posee una dimensión productiva y constitutiva que es inestimable analizar: hay que reconocer el valor de las emociones, los lazos sociales y las acciones que se llevan a cabo a diario. En palabras de la investigadora: “Resulta urgente hacerla salir de la clandestinidad, desplegar su potencia a través del análisis, como condición necesaria para comprender lo social” (Reguillo, 2005, p. 315).

Implica no sólo reproducción social, sino también permite una reapropiación de nuestra existencia. “En la vida cotidiana el dato social, el dato sobre el mundo adquiere significación, fecundando por la intersubjetividad, el valor de ese mundo” (Reguillo, 2005, p. 313). Por eso, partimos del supuesto de que las relaciones que los sujetos forjan con el espacio no son neutrales, sino que constituyen un elemento significativo para la interpretación de la realidad y para la vida cotidiana.

La relocalización trastocó ese orden cotidiano: la mudanza a otro territorio dio lugar a que se produzcan rupturas y transformaciones, pero también, fue necesario reconstruir las prácticas cotidianas, rehacerlas desde otro espacio habitado, de modo que se mantuvieron elementos (por ejemplo, las rutinas y el paso por ciertas instituciones) pero resignificados. Para Cravino y González Carvajal (2012, p. 172) los procesos de transformación territoriales son relevantes no sólo por las cuestiones físicas que modifican, sino especialmente en aquellos aspectos vinculados a los modos de vida e interacciones: “Nos sitúa frente a procesos complejos, ciertamente no lineales, y que atraviesan casi todos los aspectos de la vida de sus habitantes”.

Por último, queremos destacar que se llevó a cabo un trabajo de campo etnográfico durante más de cuatro años y las técnicas utilizadas fueron la entrevista en profundidad y la observación participante.

### **La relocalización**

Los/as relocalizados/as son habitantes del asentamiento de Ringuélet que fueron censados/as y que vivían a la vera (o muy próximos) del arroyo El Gato: es decir, el criterio del Estado para la reubicación tenía que ver con vivir pegado al curso de agua debido a que se requerían efectuar obras.

Nos gustaría destacar que los/as vecinos/as reubicados/as están viviendo en un barrio que aún sigue en construcción: durante los primeros tres años no hubo asfalto ni servicios de buena calidad y continúan las obras de viviendas. Entonces, las esferas de producción y consumo (Ribeiro en Bartolomé, 1985) coinciden, pues mientras se construye el barrio, se utiliza el mismo espacio. Esto es sumamente significativo debido a que hay que considerar la articulación de las casas con la trama urbana donde se hallan insertas –en este caso, el barrio– y “no tener en cuenta la infraestructura urbana y social contribuye a exacerbar cánones de segregación socio-urbana por sobre objetivos de integración social, habilitando el acceso al derecho a un techo, pero no a una vivienda-hábitat (...) y menos aún al derecho a la ciudad” (Zapata, 2017, p. 332).

Cravino y González Carvajal (2012) indican que los procesos mediante los cuales se intervienen villas para construir viviendas e infraestructura adecuada en un barrio impactan no sólo en el aspecto físico del territorio sino también en las formas de vida de los/as habitantes. Si bien el caso estudiado se trata de

la reubicación de un asentamiento, compartimos que los procesos de transformación urbana y social remueven estructuras de sentidos y posibilitan la construcción de acuerdos nuevos sobre las maneras de habitar los territorios. Destacan que en lo urbano juega un papel central lo social, político y simbólico, que muchas veces es desestimado desde las políticas públicas.

La relocalización surgió luego de las inundaciones de abril de 2013, que trastocaron los modos de vivir en la ciudad de La Plata. Por lo tanto, se trata de una política pública que tiene como objetivo la realización de obras hidráulicas y, como consecuencia de las mismas, mejorar las condiciones de los/as vecinos/as de este barrio. Las autoras mencionadas señalan que cuando se implementa una política se encuentra “con un conjunto de prácticas sociales que encierran sentidos significativos acerca de la cuestión habitacional que no necesariamente coinciden con aquellos desde los cuales se pensaron y diseñaron dichas políticas” (Cravino y González Carvajal, 2012, p. 172), por lo que, siempre hay un grado de incertidumbre en estos procesos y la relocalización cobra otros significados a partir de las interacciones sociales, las prácticas y los modos de habitar y de apropiarse del espacio de los/as vecinos/as. Además, implica una transformación de la vida, de la cotidianidad, del trabajo, las redes, etc.

Un aspecto sumamente significativo fue que los/as habitantes debieron mudarse primero a viviendas provisorias y luego a definitivas.

### **La mudanza**

Aquí analizaremos la mudanza a las viviendas provisorias ya que en esos momentos “se condensan expectativas, emociones, miedos y ansiedades” (Cravino y González Carvajal, 2012, p. 180) y hay que tener en cuenta que algunas personas habitaron en el asentamiento mencionado por un tiempo prolongado. Además, no se abandona únicamente la casa “sino sus recuerdos, la sociabilidad y los lazos generados a su alrededor, ‘lo conocido’, lo ‘autoconstruido con tanto esfuerzo’, la vida con los vecinos, su identidad, entre otras cosas. Todo esto se juega para los vecinos a la hora de demoler sus casas” (Cravino y González Carvajal, 2012, p. 180-181).

En el caso de la reubicación de Ringuet, es importante recordar que los/as vecinos/as fueron trasladados a viviendas transitorias para luego ir a las definitivas. Muchas familias consideraban que vivían en mejores condiciones en el asentamiento ya que sus antiguas casas eran más amplias y algunas de material, pegadas al arroyo pero en zonas asfaltadas y con la relocalización residían en espacios pequeños, continuaban sin servicios de buena calidad y cada vez que llovía no podían salir de sus viviendas ya que había muchísimo barro.

Queremos destacar que previo a la mudanza se acordó mantener la localización de las casas tal cual estaban en el primer barrio. Ello favoreció no sólo la reubicación sino también el sostenimiento de los lazos de vecindario que los sujetos habían forjado previamente.

Sobre la mudanza, podemos decir que las percepciones de los/as vecinos/as varían de acuerdo al momento en que se produjo. Entre los primeros en irse (marzo de 2015) se encuentra Horacio<sup>1</sup>, ex habitante de Ciudad Oculta, quien sostiene que “el municipio se portó muy bien (...) Aparte traían gaseosa y todo eso para la gente. Y puso gente”. Luego agregó que la delegación ayudó a cargar los muebles y que el puntero de ese espacio les “dio una gran mano”. La misma valoración hizo Antonia, quien sostuvo: “Cuando nos mudamos de Ciudad Oculta fue bien, porque nos mandaron camiones (...) Fue ordenado, nos ordenamos entre las familias. Ponele yo acomodé un día antes, lo saqué afuera, primero me llevan mi viaje, mientras que vos vas ordenando siguen con vos...”. Además de los camiones –puestos por el delegado municipal y el Instituto de la Vivienda de la Provincia de Buenos Aires (IVBA)-, muchos/as vecinos/as contaban con el carro de los caballos para hacer el traslado de los objetos más livianos. Por su parte otro vecino, Ramiro, cedió su camioneta y comentó que el municipio envió a trabajadores/as para ayudar con la mudanza. Al respecto, Horacio explica que había ancianos/as en el barrio y que no tuvieron que hacer nada: “Vino toda la delegación a cargar todos los muebles”.

---

<sup>1</sup> Utilizaremos seudónimos para garantizar el anonimato de los/as entrevistados/as.

Josefa, ex habitante de 1 a 3, se mudó en diciembre de ese año. Para ella el papel desempeñado por los gobiernos en esa instancia fue distinto:

“Como igual cuando me sacaron de allá, yo digo por un lado tienen que ir y avisar y un día, dos. Nos dijeron que teníamos que irnos, que teníamos que irnos, que teníamos que irnos. Que ya venía la empresa de la vía y no nos dieron tiempo a nada. Encima llovía. Porque nos dijeron que entraban los camiones del Instituto de la Vivienda. Al otro día que llovía y todo, vinieron a decir que no, que no había camiones. Yo me pagué el flete para venir acá, a mí no me trajo el Instituto de la Vivienda. Si yo quería me empacaba ahí y me quedaba ahí. Y encima no te dejaron sacar nada”.

Blanca se mudó el mismo día que Josefa e hizo una apreciación similar. Recuerda que estaba por llover y tenía miedo de que se le mojaran las cosas que ya había sacado afuera, como los colchones y la heladera: “Fue un caos, un caos. Primero pagamos un flete porque nos habían dicho que no alcanzaban los camiones del Instituto de la Vivienda”.



Zunilda observa el camión del flete que lleva sus pertenencias. Imagen tomada el 4 de diciembre de 2015.



Los/as vecinos/as cargan sus muebles en una camioneta. De fondo se aprecian las vías del tren. Imagen tomada el 4 de diciembre de 2015.

Aunque esclarece que le agrada vivir en el nuevo territorio, Alicia expresa cierta melancolía por haber dejado el antiguo barrio: “No me gustaba ese día mudar. Yo estaba preparando las cosas contenta pero justo llega ese día y dije: ‘no me quiero ir otra vez’”, ya que se ha mudado en reiteradas oportunidades y migró de Paraguay a Argentina. Comenta que se quedó hasta último momento en el antiguo barrio, que aunque vio camiones del Instituto, ella y su marido se mudaron por su cuenta y que fue muy movilizante el traslado: “Me estresé tanto”. En ese relato se manifestó lo que plantean Cravino y González Carvajal (2012, p. 180) en sus propias indagaciones: “El temor y la tristeza de dejar la vivienda en donde en algunos casos las familias habitaban hacía más de cincuenta años, genera sentimientos encontrados entre querer y no querer abandonarla, incluso aunque esto implique un mejoramiento en su calidad de vida”.

Muchos/as vecinos/as aseveraron que el IVBA no colaboró y que tuvieron que abandonar muebles porque no les entraban en la casa transitoria. Lo mismo ocurrió con los materiales: el apuro de la situación impidió el rescate de chapas y/o maderas en algunos casos, aunque en otros sí lo lograron. Blanca dejó cuatro placares, Estefanía un espejo grande, Josefa todo el techo. Unos/as habitantes de Ciudad Oculta dejaron gallinas: los/as niños/as de la zona las agarraron y las vendían a siete pesos en el barrio.

Pudimos participar en la mudanza realizada el 4 de diciembre de 2015. Entre las notas de campo, construimos algunas percepciones que difieren de los recuerdos de los/as habitantes de Ringuélet:

Hoy, durante la relocalización, muchos/as estaban contentos/as. Juli tenía una sonrisa que jamás le vi. Gustavo estaba borracho y según Ana “lloró toda la noche”. Él dice que son muchas sensaciones, que crió a su hija en ese barrio, que capaz no hizo bien en firmar para irse.

## La vida cotidiana en el barrio relocalizado

Son las seis de la mañana y en el barrio hay un silencio total. Muchos/as adultos/as se despiertan y comienzan a alistarse. Ponen el agua a calentar para tomar mate, te o café y despiertan a sus hijos/as. Es hora de desayunar y de ir al colegio: en general las madres y/o hermanos/as acompañan a los/as más pequeños a la escuela n° 60, a la Anunciación, al Carlos Vergara, a la técnica, a la n° 89 o a la 25.

Para eso, es necesario salir de las casas, caminar por las veredas angostas hasta una esquina, pisar el barro –siempre hay barro- hasta llegar a otra vereda, paralela al Mercado Regional. Desde allí se recorren cerca de doscientos metros con el fin de arribar a la avenida 520 y de ahí continuar el camino a la escuela o a la parada de micros. Sin embargo, hay quienes aprendieron a acortar camino: si alguien transita por debajo de las vías, llega rápidamente a calle 3, donde también hay colectivos.

Paralelamente, llegan los obreros al barrio, pero antes de trabajar desayunan en un puesto que se monta todas las mañanas sobre 520, entre el puente, las vías y el Mercado Regional de La Plata: de 7 a 9 horas toman algo calentito y comen un chipá recién hecho para luego ir a la obra. Así comienzan los ruidos en este territorio: martillazos, gritos y el sonido del tractor constituyen el paisaje cotidiano.

Mientras tanto, los/as habitantes de Ringuelet van a trabajar: la mayoría de las mujeres limpia casas de familia ubicadas en el centro de la ciudad. Antonia, en cambio, trabaja en la cooperativa para mantener “limpito” el barrio. Filomena atiende su propio almacén desde temprano, también emplazado en su casa nueva: los/as clientes/as tocan timbre continuamente, sobre todo cerca del mediodía y alrededor de las cinco de la tarde, de modo que no puede sentarse a tomar mate. Josefa está jubilada pero necesita más dinero, por lo que, le gustaría cuidar niños/as o enfermos/as. Juliana es cooperativista de Argentina Trabaja en Ensenada<sup>2</sup>.

En general, los hombres se dedican a la construcción, aunque reconocen que últimamente todo se halla bastante parado. Ernesto y su hijo están levantando una pared y amurando los tirantes de una casa. Alberto cuenta que tiene poco trabajo, pero por suerte hasta ahora no paró de edificar viviendas. Casi todos los varones de Ciudad Oculta se dedican al cartoeno y Horacio es laqueador, lustrador y carpintero pero trabaja en relación de dependencia. Gustavo, por su parte, va en bicicleta hasta el centro de La Plata para atender un kiosco.

Al mediodía muchas mujeres vuelven a sus hogares: además de preparar el almuerzo, algunas van a buscar a sus hijos/as a las escuelas. Es decir que, como luego manifestará Ana, jamás pueden permanecer solas en sus casas: son pequeñas y siempre hay alguien más. Disfrutar la novela o el noticiero en silencio, conversar, chusmear, pensar, descansar, leer el diario o una revista son actividades que siempre se realizan con las voces de los/as niños/as de fondo. Ellos/as, por su parte, juegan al fútbol, pasean, hacen los deberes, miran televisión, etc.

Otras mujeres regresan alrededor de las cuatro de la tarde. Una vez terminadas las tareas domésticas, hay quienes pueden sentarse a tomar mates o tereré, según la época del año. Si el comedor abre, es decir, si recibe mercadería, muchos/as nenes/as van a tomar la leche, sino se quedan en sus casas o se van a jugar con sus vecinos/as. Antonia tiene que cuidar a sus nietos/as e hijos/as más chiquitos/as. Josefa, siempre sentada en el patio delantero de su provisoria, ve cómo los obreros de las viviendas definitivas terminan de trabajar: “Adiós, señora”, “adiós, señor”, son las palabras de despedida jornada tras jornada.

En simultáneo, muchos/as perros/as y gatos/as pasean por el barrio nuevo: van de casa en casa en busca de alimentos, de caricias y juegos.

Si es necesario, las mujeres hacen las compras para la cena: cuando está abierto y los precios convienen (no siempre sucede), se dirigen al Mercado Regional, sino regresan al barrio viejo o al supermercado chino ubicado sobre la avenida 520. Juliana destaca que “por este barrio nuevo la verdad es que nosotros mucho no nos movemos”, sino que se quedan casi todo el tiempo en sus casas.

---

<sup>2</sup> Ensenada es una ciudad lindante a La Plata.

Y así transcurre el día: entre trabajos, quehaceres domésticos, idas y vueltas de la escuela, hasta la tarde/noche, momento en el que las familias se encuentran, conversan, comparten una comida y un programa de televisión para luego irse a dormir.

Como hemos de notar, la vida diaria prosiguió a pesar del cambio de barrio y de casa, pues “la fuerza de lo cotidiano se imponía para restablecer el equilibrio” -señala Reguillo (2005, p. 275) en otras circunstancias- perdido con la mudanza. La investigadora mexicana propone tener en cuenta “las mediaciones que establece el capital simbólico-social” (ibid) preexistente a la relocalización: el trabajo, la escolaridad, la cultura del barrio, entre otras. Era preciso mantener los elementos persistentes de la cotidianidad adaptándolos al nuevo territorio, es decir, se re-inventaba la vida cotidiana (Reguillo, 2005).

### **Sentidos construidos sobre los barrios**

Partiendo del supuesto de que es fundamental entender cómo las “políticas sociales son experimentadas en la vida cotidiana de las personas” (Roberts, 2006, p. 227), nos proponemos analizar los sentidos configurados por los/as habitantes respecto de los dos barrios, el viejo y el nuevo, a partir de la relocalización. Para ello queremos aclarar que, por un lado, destacaremos los aspectos compartidos por la mayoría de los/as entrevistados/as, pero también mostraremos los puntos que entran en contradicción: pues sabemos que las transformaciones experimentadas por los sujetos a partir de los cambios que se producen a nivel barrial no son homogéneas, ni siquiera al interior de los grupos abordados, es decir, no los consideramos bloques estancos.

#### **Barrio nuevo**

A partir de las entrevistas, realizadas entre un mes y un año después de la mudanza, reconstruimos las siguientes percepciones de los/as vecinos/as sobre el nuevo barrio. En primer lugar, se destaca la lejanía del mismo, en contraste con el anterior, donde los negocios y el transporte público quedaban más a mano. A Juliana le molesta que en el espacio relocalizado para hacer las compras tiene que caminar mucho y cruzar un puente: “Se abusan que es lejos, los almacenes un jugo te lo venden diez pesos, cuando en el barrio te lo venden cinco, seis pesos”. Aquí cuando habla de barrio se refiere al asentamiento, es decir que a más de un año de la mudanza aún no reconoce al nuevo territorio como su barrio, como un lugar por el cual siente apego o afecto.

En varios testimonios se reclama que los colectivos pasen más cerca porque deben caminar muchas cuadras para tomarlos y Ana en particular espera que se construya un centro de salud, por el mismo motivo. Antonia subraya que no hay una plaza para que los/as niños/as vayan a jugar y Alicia explica que “no tenemos toda la comodidad que tenemos en Ringuelet porque los negocios tenemos todo lejos, no hay camino, cuando es de noche uno no puede salir porque es un lugar nuevo, viste, toda esa cosa. Pero bueno, estamos acostumbrando”. La entrevistada hace mucho hincapié en el hecho de que la nueva ubicación le impide moverse con libertad: ya no puede salir/entrar al barrio a la hora que desea, sino que debe hacerlo a la luz del día. A nivel subjetivo, ello se experimenta como una gran pérdida de autonomía. En esa línea, numerosas mujeres hacen hincapié en la inseguridad e intranquilidad del lugar: Ana, por ejemplo, cuenta que los/as taxistas no quieren ingresar al barrio.

Por ello, son varios/as los/as habitantes que generaron tácticas: Juliana y su hija, que viven en casas contiguas, se vigilan mutuamente sus respectivas viviendas, lo cual también implica una pérdida de autonomía y les impide compartir actividades: “A veces querés [salir] todos juntos con tu familia y no podés porque mi hija se tiene que quedar o yo”, remarca. Además, compró un perro pitbull para que nadie intente robarle. Antonia hacía lo propio con sus familiares cuando habitaba en las provisorias, pero con la mudanza a las definitivas asegura no tener miedo. Se trata, entonces, de tácticas elaboradas por los sujetos para sentirse protegidos/as en un ambiente que resulta hostil y peligroso, que es desconocido. En el único caso en el que se percibe al barrio como un lugar seguro es en el de Ramiro, quien al referirse a Ciudad Oculta –y al traslado al nuevo espacio- afirma que no hay robos. En su relato, pareciera que la mudanza de un espacio a otro no modificó la pertenencia al lugar.

Sobre los/as vecinos/as, se resalta que son los/as de siempre, son buenos/as vecinos/as. Es decir que al mantenerse en general el orden de las viviendas tal cual estaba en el asentamiento, perduraron los vínculos entre los/as habitantes y las redes de relaciones constituidas, las redes de reciprocidad (Hermitte y Boivin en Bartolomé, 1985), aspecto sumamente valorado. Se destaca que se conocen desde hace años, muchos/as incluso son parientes y/o emigraron desde Paraguay. En otras palabras, siguiendo a Cravino y González Carvajal (2012, p. 36) en su análisis sobre otro proceso de transformaciones socio-urbanas, podemos decir que:

Las relaciones entre vecinos aparecen como el “capital” más importante que el barrio les aporta, como aquel componente que mejor define lo que “es” el barrio: sus vecinos. Lo que es altamente valorado, entonces, es el conjunto de relaciones y redes de vecindad que construyen diferentes formas de ayuda mutua, solidaridad y organización de la vida cotidiana.

Notamos que la vida social de los/as vecinos/as perdura en el nuevo espacio, “llenando de contenido al barrio” (Cravino y González Carvajal, 2012, p. 206).

Durante las visitas al territorio nuevo, por ejemplo, observamos que el perro de Zunilda se dirigía a la casa de Josefa, para que ella le diera de comer: “Viene acá y me pide porque siempre le doy”, sostiene dando cuenta de un modo de habitar el lugar, desde la confianza en el otro/a. Los/as niños/as transitan de patio en patio –hay uno al frente y al fondo de cada provisoria- y juegan al fútbol en lo de Ana que los/as mira atenta. Josefa afirma que “estamos resguardados entre unos y otros” y eso hace más sencilla la adaptación. Así, Filomena agrega que se siente “recontra protegida porque cuando yo estoy mal todos me dieron, tengo el teléfono de casi la mayoría”. A simple vista, pareciera que esas representaciones entran en contradicción con los relatos de inseguridad. No obstante, consideramos que la protección la brinda el vecino/ la vecina más próximo/a, mientras que quienes viven más lejos representan un potencial “peligro”. Por ejemplo, Juliana destaca que ella y sus hijas no se tratan con nadie (“yo en mi casa y ellos en su casa”, dice) y los de su cuadra “son todos alzados”: ella no vive pegada a los/as vecinos/as anteriores y hay a algunos/as a quienes “nunca les vi la cara”, afirma. De todas maneras, destacamos que la existencia de buenos/as vecinos/as no desestima el hecho de que haya habitantes a quienes no se quiere tener cerca.

Uno de los problemas más significativos en todo el barrio nuevo es la ausencia de asfalto: el territorio suele estar muy embarrado, situación que se profundiza los días de lluvia y que pone en cuestión el deseo de mudarse a las viviendas definitivas, ubicadas en una zona donde hay más cantidad de barro. Blanca explica que está esperando el traslado pero también lo está pensando: “Imaginate, si (...) acá [en las casas provisionales] para cruzar nos embarramos las zapatillas o los zapatos, lo que uno esté puesto, para ir para aquel lado [casas definitivas] va a ser peor”. Ernesto añade que cada vez que llueve se forma una laguna en ese sector y Horacio cuenta que se hundió una moto “porque está todo flojo”.

A Ana le preocupa el traslado de los/as niños/as a la escuela y le parece injusto que vayan a clases con tanto barro. Alicia marca que para ella es complicado ir a trabajar en esas condiciones, sobre todo, porque tiene que llegar hasta el centro embarrada.

Muchos/as vecinos/as sienten bronca porque en otra parte del barrio están asfaltando y no vive nadie o, en otros sectores, se acaban de mudar: “Esta gente vinieron hoy y ya tienen asfalto. ¿Y nosotros? Hace un año que vamos a estar y no tenemos asfalto”, se queja Ernesto. Piden que tiren piedras para rellenar, pero durante meses no obtuvieron ninguna respuesta. A veces pasaban maquinarias, que no mejoraban la situación. En una visita al barrio, efectuada el 29 de abril de 2017, sí advertimos cambios. Entre las notas de campo, encontramos el siguiente extracto:

Me llama la atención un montículo de tierra de más de dos metros, con forma de montaña, donde hay niños/as que juegan y pienso que esa foto muestra cómo se apropian del barrio. Esa tierra es el relleno de las calles.

Lo que notamos es que a medida que se construye el barrio, emergen diferentes usos y apropiaciones. En este caso, los/as más chicos/as inventan un juego a partir de la tierra que constituye un material de trabajo, en un territorio en el que no existen los espacios verdes ni zonas de recreación. En ese sentido, los/as habitantes de Ciudad Oculta habían armado una cancha de fútbol, pero la rompieron: “Si no

tenés un lugar verde es lo mismo que nada”, señala Ramiro. Y Antonia manifiesta que hay lugar para hacer plazas, lo cual sería menos peligroso que en el asentamiento ya que los/as chicos/as estarían lejos del arroyo.



Los/as chicos/as se suben a la montaña para luego tirarse y jugar. Fotografía tomada el 29 de abril de 2017.

El barro es el principal motivo por el cual algunos/as habitantes lamentan haberse mudado.

Otra problemática es la mala calidad de la electricidad: en todo el barrio nuevo hay luz de obra y, por tal motivo, el Estado evade cualquier tipo de responsabilidad. En la parte de las viviendas definitivas la situación empeora ya que, según Antonia, “anda una sola lámpara”.

Una característica que notaban los/as entrevistados/as era que el barrio estaba despoblado: “El cambio fue que vos llegabas a la tarde y era un silencio total. Extrañaba los gritos de los chicos de allá [de Ciudad Oculta] que se juntaban”, señala Antonia. En esa línea, Juliana asegura que extraña estar en el antiguo barrio y, sobre todo, ver gente: “Acá parece el desierto (...) Barrio ‘Los olvidados’, le puse yo”, dando cuenta del abandono que advierte de parte de las autoridades estatales. A Ernesto le sucede lo mismo: cada vez que protestó por la luz o por las calles, no obtuvo respuesta y siente que los/as llevaron y los/as “dejaron tirados (...) reclamás y nadie te da pelota, viste, no aparece nadie”. Muchos/as aseguran que los/as “sacaron” del asentamiento y que luego no se responsabilizaron por su situación. Ello manifiesta el desamparo que sintieron los/as vecinos/as desde que fueron relocalizados/as a las provisorias.

Los aspectos positivos que se destacan del barrio, además de los/as vecinos/as próximos/as, tienen que ver con que es más limpio: “El aire puro es otra cosa”, aclara Ana en relación con la vida frente al arroyo. Al poco tiempo de haberse mudado, esta vecina fue optimista pero luego su perspectiva se modificó por todos los motivos antes señalados. Cabe destacar que en diálogos informales muchos/as de los/as pobladores/as que manifestaban entusiasmo con el correr de los meses se arrepintieron de haberse mudado, sobre todo cuando llueve porque en sus palabras el barrio se convierte en “un chiquero de chanchos”.

Por su parte, Horacio, quien al mes de vivir en su casa provisoria aseguraba que iba a ser un barrio “próspero”, donde podría tener su carpintería una vez que arreglaran las calles, señaló: “Esto estamos más avanzados hacia un barrio, esto realmente va a ser un barrio el día de mañana”. Y mientras tanto, ¿qué es este territorio que se ha vuelto tan hostil para la mayoría de sus habitantes?

## Barrio viejo

Nos parece relevante considerar las percepciones sobre el asentamiento porque “el espacio barrial (el aquí) adquiere sentido por medio del contraste con otras experiencias residenciales (el allá)” (Segura, 2006, p. 14).

Ernesto asegura que cuando vuelve al asentamiento le “agarra una tristeza”. Una vez mudados/as, casi todos/as los/as entrevistados/as afirman extrañar el barrio porque estaban acostumbrados/as:

“En realidad sí extraño bueno porque bueno fueron años que estuvimos ahí” – Blanca.

“El lugar es Ringuelet todavía, pero para mí Ringuelet es el otro, viste el que vivía antes, viste. Pero sí extraño” - Alicia.

“Extraño porque se extraña. Allá yo me levantaba y ya era otra cosa. Yo me quedé mal, desde que vine por lo menos un mes anduve más o menos, no quería comer (...) Sabés que viví, te saquen de un 50 años y te lleven a donde viste no estás acostumbrado es medio difícil” – Josefa.

Alicia explica que en el asentamiento vivieron muchas cosas, por lo que, no fue fácil irse.

A su vez, existe cierta idealización por el asentamiento, que queda expuesta en las palabras de Ernesto: “Yo me quedaría allá mirá toda la vida. Pero bueno ya está, tuvimos que venir, qué va a ser, ya salimos, ahora no podemos volver más”. Ese testimonio da cuenta de un amor por el territorio anterior y del drama que se vive por no poder regresar al lugar amado: como en una novela trágica, el hecho no puede revertirse y hay que aceptar, sin más, la decisión tomada.

Entre los aspectos positivos que se remarcan en los relatos sobre el asentamiento, podemos destacar el hecho de que no había problemas de luz ni de agua y tenían asfalto, por lo que, no se embarraban<sup>3</sup>: “Allá estábamos bien”, concluye Ernesto.

Salvo algunas excepciones, el barrio viejo constituía un territorio seguro, en especial para las familias de Ciudad Oculta. El parentesco, el conocerse de toda la vida y el hecho de que exista un puntero que representaba la ley, lo que se debía y lo que no se debía hacer, lo que estaba permitido y prohibido, y el castigo correspondiente en caso de desobedecer, permitían que Ciudad Oculta fuera un lugar seguro para sus habitantes.

De todas las descripciones, sólo hallamos tres aspectos negativos que marcan los/as vecinos/as sobre el asentamiento:

a. Pobreza: Elena sostuvo que durante su infancia su familia era muy pobre, por lo tanto, consideraba que “siempre hubo pobreza”. Ramiro agregó que sobre la calle principal del barrio todos/as los/as chicos/as estaban descalzos, dando cuenta de las condiciones precarias en las que vivían.

b. Contaminación e insalubridad: para Filomena “al lado del riachuelo es el olor insoportable que a veces no podés comer”. Además, dijo que luchó dos años contra las ratas hasta que adoptó varios gatos/as. Ana destacó el aire podrido y Horacio manifestó que a los/as adultos/as y a los/as niños/as les salían forúnculos por estar cerca del arroyo.

c. Drogas: Ramón calificaba de “murciélagos” a los/as jóvenes del barrio que consumían estas sustancias de noche. Antonia se quejaba porque los veía frente a su casa y debía echarlos para que sus hijos/as no los/as observaran y Josefa narraba que había más “vagancia”, que se trataba a lo mejor de “chicos buenos pero las drogas los destruyen”.

A sabiendas de que puede constituir una simplificación excesiva, el siguiente cuadro es una síntesis de los sentidos construidos por los/as entrevistados/as en torno a los dos barrios. En algunos casos, caeremos en dicotomías.

---

<sup>3</sup> Cabe aclarar que en el asentamiento los servicios no son legales.

<b>Barrio viejo</b>	<b>Barrio nuevo</b>
Seguro	Inseguro
Ubicación cercana	Lejos
Asfaltado	Embarrado
Buenos/as vecinos/as	Buenos/as vecinos/as (aunque hay indeseables)
Sin problemas	Con muchos problemas
Aire contaminado	Aire puro
-	Abandonado
Costumbre	Desarraigo
Sensación de protección	Miedo
Pobre	Precario, humilde

### **Sentidos sobre las casas**

Dice Rossana Reguillo (2005, p. 264) que la vida cotidiana se constituye a partir de una “sucesión de certezas, de elementos que por repetidos son incuestionables”. En especial, todo se organiza y gira en torno a la vivienda, en tanto espacio de encuentro, de salida, de retorno y de separación de lo público y lo privado: “En sus paredes y en sus rincones van quedando las huellas de la trama y la historia cotidiana” (Reguillo, 2005, p. 268). Indica Zapata (2017, p. 334):

El lugar por excelencia del habitar es la vivienda, en cuanto espacio asociado a la propia identidad cultural de su usuario, como referente y ordenador del mundo del sujeto, pero también como espacio en el que se desarrollan las actividades más importantes de la reproducción humana (...) Se suele asociar la vivienda a un espacio de amparo, de abrigo; pero no siempre la casa le ofrece al sujeto un amparo adecuado con respecto a sus necesidades (y más aún si se hace referencia a vivienda pública destinada a sectores populares), ya que existen diferentes maneras de que el sujeto se relacione con el espacio habitable.

A pesar de que existen estudios que diferencian vivienda de hogar, siguiendo a la autora mexicana utilizaremos el término “casa”, tal como lo hacen nuestros/as entrevistados/as, para referirnos no sólo al hecho material sino también a los sentidos atribuidos, a las relaciones sociales “dotadas de significación por los actores” (Reguillo, 2005, p. 265). Constituye un ámbito de referencia de todas las prácticas que se llevan a cabo, da seguridad y protección ante cualquier posible amenaza que se presente desde el exterior. Desde allí, puede interpretarse y entenderse el mundo.

Yujnovsky (1984) plantea que la casa implica servicios que posibilitan satisfacer las necesidades humanas más importantes, las cuales varían con cada grupo y sociedad: identidad, privacidad, seguridad, refugio, entre otras. La casa forma parte de relaciones socio-culturales y “se configura en expresión del acto de habitar de sus usuarios por sobre su concepción de objeto ligado a la inversión. Se trata más de un proceso que de un producto terminado” (Zapata, 2017, p. 327), es decir que se transforma y desarrolla con el paso del tiempo según los usos, las necesidades y la economía de quienes la habitan. La entendemos como un derecho humano.

A continuación analizaremos las cualidades atribuidas a las viviendas provisorias y definitivas –no sin aludir a las casas del asentamiento- para pensar los sentidos que se construyen en torno a vivir en el nuevo barrio.

### **Las casas provisorias**

La primera característica de estas viviendas señalada por sus habitantes es que son inseguras. Para Juliana, “esto no es seguro. Fijate los ventanales no traban y en la pieza de mi hija tiene un agujero así de la humedad del durlock”. A Filomena le robaron a la semana de haberse mudado: se llevaron toda la mercadería de su negocio. Afirma que las paredes son fáciles de romper y que no le permiten poner rejas.

Las primeras once familias en mudarse, provenientes de Ciudad Oculta, sufrieron dos intentos de “usurpación” a los pocos días de haberse relocalizado.

Con respecto a la infraestructura de las viviendas, para Horacio y Ramiro es imposible que se resquebrajen. No obstante, según los/as vecinos/as de 1 a 3, que se mudaron a las viviendas provisorias que con antelación habían sido habitadas por los/as pobladores/as de Ciudad Oculta, son de mala calidad. A la idealización del barrio anterior y de la casilla de madera (o de material, según los casos), se suma el hecho de que las transitorias cuentan con una serie de problemáticas: las cloacas están tapadas, hay humedad en las paredes, muchos techos gotean, la calidad de la electricidad es mala y son frecuentes los cortes de luz, etc.

Otros atributos negativos depositados sobre las casas es que son pequeñas. Isabel no tiene espacio para las heladeras de su negocio; Filomena, que también se dedica a la actividad comercial, guarda mucha mercadería en cajas. En conversaciones informales, Ana cuenta que sus hijos de 6 y 17 años, quienes dormían separados, deben compartir una pieza cuando en realidad no quieren hacerlo. Además, esta mujer manifiesta que nunca puede estar sola y pierde la posibilidad de tener un momento de privacidad.

Otras cuestiones tienen que ver con que aún existe una incertidumbre acerca de la transitoriedad de estas casas: si bien los/as habitantes de Ciudad Oculta se mudaron a las definitivas a los ocho meses, los/as de 1 a 3 vivieron un año y siete meses y con frecuencia las autoridades del IVBA les decían que en poco tiempo se trasladarían: pero eso no sucedía. Tal como señala Ribeiro (en Bartolomé, 1985, p. 33): “Son corrientes las incertidumbres acerca del futuro de un proyecto. Una vez iniciado, no hay garantías de su terminación”. En su propia indagación sobre una reubicación ocurrida en décadas anteriores, Bartolomé agrega que muchos/as afectados/as cuestionan la falta de información sobre las condiciones y los plazos de las reubicaciones. Al respecto, Filomena indica: “Ves que estás [en la provisorio] a un paso de poder entrar en tu propiedad (...) y que estás desconfiando que nunca vas a entrar”: emerge una mirada patrimonial sobre la vivienda y la falta de seguridades sobre si eso va a suceder o no.

Otro atributo es que estas casas no son modificables: “Esto [provisorio] no es mío, esto lo estoy cuidando como oro. ¿Vos te parece que vengan mis nietos y ‘no, no toques la pared. No, no rayes la pared’? Quiero que vengan mis nietos pero me pone nerviosa porque viste cómo son los chicos. Y no, no tienen que tocar nada (...), dejar tal cual como me entregaron”, explica Filomena.

Si partimos de que, siguiendo a Lefebvre (1971 en Zapata, 2017, p. 333), “habitar es apropiarse un espacio”, en el sentido de darle forma, poner el propio sello, modelarlo, concluimos que desde el Estado se motivó una no apropiación de la casa, es decir, que puso como condición no habitar las viviendas provisorias porque no se las podía intervenir ni alterar. Y, además, va en contra de una necesidad: habitar es “la necesidad que tiene el ser humano de transformar su entorno para apropiárselo, transformándolo en un lugar moldeado a partir de su intervención cultural y de sus propias necesidades de uso para hacer posible su existencia en relación a ese entorno” (Zapata, 2017, p. 333).

Por último, se trata de casas que son desalojables para el grupo de 1 a 3: “Ni un papel consta que nosotros en esta casa estamos provisorios. Viene cualquiera y nos saca”, remarca Juliana. En cambio, para las personas que vivían en Ciudad Oculta la situación era favorable, pues contaban con documentación que cercioraba que se encontraban en esas casas hasta que estuvieran listas las definitivas.

Sin embargo, hay otras características de las viviendas provisorias que son valoradas positivamente. Son cómodas: en el verano, Ana sostiene que son frescas; Juliana destaca que no se llueven como su casilla de madera post inundación; Horacio subraya que les queda más cerca la escuela de sus hijos/as y el Mercado Regional de La Plata para hacer compras más baratas.

A pesar de criticar la infraestructura, la luz y el mal funcionamiento cloacal, muchos/as destacan los servicios en relación a sus casas anteriores:

“Tengo agua caliente, antes tenía que enchufar un calefón” - Juliana.

“Servicios nos dieron el calefón, la cocinita eléctrica, después todas las instalaciones. No, muy bien, esto es bárbaro” - Horacio.

También se considera que es linda, que es una “re casa”, según Ramiro, y que es funcional a las necesidades de sus habitantes: muchos/as usan el patio ya sea para criar animales, tomar mate, comer un asado, dejar el carro o el auto, aspectos sumamente valorados.

Sobre sus viviendas del asentamiento se destaca que eran más grandes, tenían más patio y fueron construidas con mucho esfuerzo y sacrificio, que después del desastre de la inundación debieron empezar de nuevo y por todo eso “queremos tanto a esta casa”, explica Isabel y, en conversaciones informales, agrega que le “duele” su vivienda: tener que abandonarla, ver cómo la destruye la topadora, dejar de habitarla.

### Las viviendas definitivas

Cuando realizamos las entrevistas, las únicas que habitaban estas casas eran Antonia y Estefanía. Por lo tanto, incluiremos sus percepciones y las de aquellos/as que esperaban mudarse con mucha ilusión, quienes eran la mayoría al momento del trabajo de campo.

El punto más destacado de tales casas es la seguridad en la tenencia: se trata de viviendas que son legalmente propias, es decir, que brindan la posibilidad de ser propietarios/as legítimos/as. Antonia, que ya habita en una definitiva, destaca que cada integrante de su familia tiene su terreno y vivienda en proceso de escritura: ella, su papá, su hijo mayor ya no comparten suelo y eso también es positivo en términos de evitar el hacinamiento. Añade:

“Está bueno porque ya vas a tener tu escritura y tu terreno va a valer más. Hay diferencia a lo que es estar, que no tenga ningún papel, que el día de mañana venga el dueño y te diga ‘mirá, esto es mío, andate de acá’. Pero ahora esto es tuyo, sabés que es tuyo y sabés que a tus hijos les va a quedar algo que no se lo va a poder sacar nadie”.

Puntualiza, por un lado, el hecho de que sus hijos/as no van a tener que sufrir, como ella, el miedo al desalojo; por el otro, señala que el suelo se constituye en una mercancía al marcar el aumento de su precio.

Para convencer a sus familiares de mudarse al barrio nuevo, Ramiro enfatizaba el hecho de que la casa era chica, “pero es nuestro después (...) acá [en Ciudad Oculta] nunca va a ser nuestro”. Las viviendas definitivas representan la posibilidad de por primera vez en la vida tener un techo propio, no desalojable: “Y agarra mi viejo y me dice ‘sí, perdemos en un lado’, dice, ‘pero el día de mañana que tengamos el terrero propio...’, le digo, ‘vos podés construir un chalet que no te va a venir nadie a romper, loco’”, describe Ramiro. En ese sentido, Zapata (2017) explica que en sus indagaciones suele vincularse la seguridad en la tenencia a la garantía de un futuro estable.

En los relatos observamos que aparece un reconocimiento en torno a ser propietario/a, es decir que emerge la mirada patrimonial que subrayan Cravino y González Carvajal (2012) en relación a la percepción de una situación de más estabilidad al pasar de ocupante a dueño/a. Asimismo, en cada encuentro con funcionarios/as los/as vecinos/as solicitan el otorgamiento de un documento que dé cuenta de la tenencia provisoria (en el caso de quienes viven en las casas transitorias) y de la definitiva, para quienes ya estaban en tales viviendas.

También se valora el hecho de adquirir una casa de material: “El sistema de vida te va a cambiar un montón”, imagina Ramón. En el caso de Alicia la casa propia y de material significa mucho, no sólo en términos de vivir mejor, sino también para permanecer en el país y no regresar a Paraguay:

“Siempre soñamos tener una casa pero viste que no tuvimos la oportunidad de comprar y, por eso, que no comprábamos la casa, si uno por ahí, si una persona nos da la oportunidad que nos da a pagar

y todas esas cosas, porque nosotros no tenemos un sueldo fijo, no te da esa oportunidad. Bueno, mucho, para quedarnos acá en Argentina, estamos bien acá”.

Alicia visualiza su imposibilidad de acceder a una casa propia en tanto falta de oportunidades y vislumbra en la relocalización la ocasión de su vida: al no tener un trabajo en blanco ni un sueldo fijo, ella y su marido no son sujetos de crédito bancario, por lo tanto, si el Estado impulsa una política que contemple estas situaciones, podrían pagar su pasa.

Las viviendas definitivas también generan seguridad. Para Antonia, son más seguras que las “precarias”, sobre todo, porque las paredes contienen balas y en situaciones de riesgo no podrían salir heridos/as<sup>4</sup>. En el caso de Alicia, que vivía en una casilla de madera, significa perder temores: “Tener una casita de material me parece que está más segura ahí y esas cosas. Cuando venga la tormenta no voy a tener más miedo”, afirma en relación al padecimiento sufrido por las inundaciones de 2013.

Con respecto a los servicios, cuentan con agua y luz, la cual es de obra. En el momento de la entrevista, restaba solicitar el medidor del gas.

Además, Antonia y su hija sostienen que las casas son pequeñas, pero decidieron mudarse para asegurarse una vivienda definitiva y habitar próximo a sus parientes, de forma de sentirse protegidas. Tienen menos habitaciones que en la provisoria.

Durante las visitas al barrio, notamos que para quienes viven en las provisorias las definitivas son grandes: pues les corresponden casas con un living de importantes dimensiones, terraza (en ciertos casos) y varias habitaciones.

Otro punto conflictivo es que algunas viviendas definitivas tienen jardín pequeño: “Allá [en Ciudad Oculta] teníamos más patio, acá como que los chicos jugar a la pelota no se puede”, cuenta Antonia y explica que es incómodo porque los/as niños/as juegan en la calle y a veces molestan a los/as demás vecinos/as. Isabel, que aún no se mudó definitivamente al barrio nuevo, explica que prefiere la casa provisoria en vez de la de material por la misma razón: “A mí me gusta más esa. Porque yo me imagino todo con mi gallinero”, asegura. Estas cuestiones ponen de manifiesto que las casas no siempre son funcionales<sup>5</sup> y, sobre todo, la nula intervención que tuvieron los/as habitantes de Ringuelet en el diseño y construcción de sus viviendas. Si sólo se les hubiera consultado sobre los usos de las mismas, estas cuestiones se podrían haber contemplado. En el caso de Isabel, además, está preocupada por la falta de espacio para trasladar su almacén, lo cual es de suma relevancia ya que es parte indispensable del sustento económico de su familia y, por último, muchos/as cartoneros/as no tenían lugar para dejar su carro. Todo lo anterior pone de manifiesto que las definitivas no siempre se pensaron en función de (ni se adecuan a) las necesidades, usos y apropiaciones de sus habitantes. Esto desencadena una manera de vincularse con la vivienda que “consiste en ir a habitar (y ordenar) la vivienda una vez ya construida, ya diseñada u concebida por otros, con base en principios de orden y uso de los espacios que quizás no resulten inmediatamente inteligibles y convenientes para el sujeto y su familia por no responder directamente a sus necesidades habitacionales” (Zapata, 2017, p. 335).

Partridge (en Bartolomé, 1985) destaca la relevancia de la participación de los grupos endógenos tanto en la planificación como en la ejecución de una reubicación. Zapata (2017) retoma a Giglia y agrega que en esos casos construir la casa es habitarla, pues se toman una serie de decisiones que tienen que ver con los usos y necesidades que sus habitantes consideran relevantes.

Entonces, podemos decir que la propuesta de casa en parte y en algunos casos contrasta “con la cultura de los futuros habitantes, con sus hábitos y significados que atribuían a su vivienda” (Catullo y

---

<sup>4</sup> En el barrio nuevo se produjeron algunos enfrentamientos armados entre grupos pertenecientes a distintas zonas de la ciudad. Se puede ampliar en: Bernat, María Sofía. *Transformaciones socio-urbanas y vida cotidiana: el caso de la relocalización de un asentamiento de Ringuelet (2013-2017)*. *Habitar (después de) la inundación*. Tesis doctoral. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10915/66420>

<sup>5</sup> De todas maneras, las viviendas que les correspondieron a los/as habitantes de 1 a 3 contaban con patios grandes. Por lo que, en su caso la preocupación fue previo a mudarse y eso deja en claro la poca información que tenían los/as vecinos/as.

Coun, 2002, p. 64), provocando una contradicción entre “el hábitat planificado y el hábitat habitado” (Zapata, 2017, p. 332).

Debido a lo anterior, Antonia tiene el proyecto de agrandar su casa, pues otra característica de estas viviendas es que se pueden modificar, no como las transitorias que no se podían cambiar. La mujer planea “edificar para arriba”, para construir un espacio donde habite su hija Estefanía y su beba, y armar dos piezas en el fondo. Además, en la planta baja van a dejar intacto el garaje para guardar su camioneta y para aprovecharlo en el verano porque “te morís de calor”, explica Antonia. Esto exhibe nuevamente la nula participación en la planificación de las viviendas: “Los desencuentros entre técnicos/profesionales y usuarios de las viviendas se expresan en los conflictos entre órdenes opuestos e intenciones distintas acerca de las maneras de habitar” (Zapata, 2017, p. 336), que se pueden manifestar, entre otras formas, con la alteración de las características de la vivienda.

Antonia destaca que la casa es calentita, abrigada. Su esposo añade que a pesar de ser bastante modesta, es mucho para ellos/as. De todas maneras, les cuesta acostumbrarse: “Para mí es igual. Para mí, es mi opinión, está buena todo, pero no, ¿viste cuando vos te adaptás a tu casa?”, se pregunta Antonia y ante el interrogante de qué cosas les gustan más de su vivienda y del barrio se queda en silencio.

Quienes no habitan en las viviendas definitivas, las esperan con expectativas. Para Josefa representan una mejora en su vida. Juliana no para de calificarlas como “hermosas” y tiene muchas ganas de mudarse. Al respecto, en el análisis de un proceso de construcción de viviendas en Capital Federal, Zapata (2017, p. 335) afirma:

Este acceso al derecho a la belleza por parte de los destinatarios de una vivienda, es decir, por parte de sectores populares, no es un dato menor. Pues (...) las políticas habitacionales destinadas a estos sectores se caracterizaron –tradicionalmente– por negar los patrones culturales y habitacionales (Giglia, 2012) de los destinatarios de las viviendas por conceptualizar a lo físicamente construido por el Estado como una donación, es decir un “regalo” que debe ser aceptado en las condiciones que sea (Pelli V. S., 2010).

A modo de síntesis, presentamos este cuadro:

<b>Casa vieja</b>	<b>Casa provisoria</b>	<b>Casa definitiva</b>
Cómoda	Cómoda	Cómoda
-	Húmeda	-
Sin críticas positivas o negativas	Fresca	Calurosa en verano, calentita en invierno
Carente de servicios “legales”	Con todos los servicios (no siempre legales ni adecuados)	Con todos los servicios o la posibilidad de solicitarlos
Autoconstrucción con esfuerzo	Mal construidas y hechas por otros/as	Sin quejas o halagos sobre su construcción
Costumbre, apego, afecto	Desarraigo	Desarraigo
Chica/grande (varía por caso). Percepción general: grande	Chica/grande (varía por caso) Percepción general: chica	Chica/grande (varía por caso) Percepción general: grande
Plausible de ser desalojada	Plausible de ser desalojada	Legal, propia
Madera	Durlock	Material (ladrillo)
Linda	Linda	Hermosa

Segura	Insegura	Segura
Modificable	No modificable	Modificable
Funcional a las necesidades	Funcional a las necesidades	No funcional a todas las necesidades

### Reflexiones finales

A modo de cierre, sostenemos que cualquier proceso de reubicación no culmina con la mudanza y el acceso a una vivienda porque el abandono del entorno natural y social, del hogar construido con esfuerzo y de las historias allí vividas, da lugar a una crisis, sobre todo si pensamos que se avanza “sobre el espacio habitado” (Bartolomé, 1985, p. 9), aquel que es querido, conocido. Amplían Catullo y Coun (2002, p. 51) que las reubicaciones establecen “un acelerado proceso de modificaciones socioculturales cuyo desarrollo excede ampliamente el marco temporal demarcado por la construcción de la propia obra”, tal como hemos tratado de explicar en estas líneas.

A los/as habitantes del asentamiento de Ringuelet se les solicitó mudarse, que renunciaran al barrio que construyeron día a día, con el paso del tiempo y con las apropiaciones del mismo, para trasladarse a otro territorio que era cercano en términos de distancia física, pero desconocido y sobre el cual no les permitieron intervenir: no sólo en el diseño, planificación y edificación del barrio, sino que tampoco se los/as dejaba modificar la vivienda provisoria, lugar en el vivían la mayoría de los/as entrevistados/as. El saber experto de arquitectos/as, ingenieros/as y de los/as decisores/as de las políticas públicas primó por sobre los saberes de los/as habitantes, quienes conocían los usos y necesidades de sus futuras viviendas, pero no fueron tenidos en cuenta ni como fuente de consulta ni como mano de obra cuando ofrecieron constituir una bolsa de trabajo para edificar las casas. Es decir que, siguiendo a Cravino y González Carvajal (2012, p. 208), podemos pensar que la implementación de esta política colocó a los/as vecinos/as “en un lugar de pasividad que a veces supone la negación de sus propias tramas de significación acerca de los modos de habitar” y esa ausencia de intervención restringió una instancia de autonomía para los/as habitantes, como podría haber sido decidir acerca de su barrio y casas. Sobre ello, Zapata (2017) añade que el espacio en general expresa las intenciones, las miradas del mundo y los proyectos tanto de vida cotidiana como de sociedad que tienen quienes lo diseñan.

Por eso, dejamos abierta la pregunta sobre en qué medida este proceso de relocalización posibilitó un acceso al derecho a la ciudad, entendido como “un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos. Es, además, un derecho más colectivo que individual, ya que la reinención de la ciudad depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo sobre el proceso de urbanización” (Harvey, 2013, p. 20). Si los/as habitantes no pudieron tomar decisiones significativas sobre el espacio a habitar, ¿se accede a un hábitat justo? ¿Se ejerce el derecho a la ciudad?

### BIBLIOGRAFÍA

- Bartolomé, Leopoldo. *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. IDES, 1985.
- Catullo, María Rosa y Coun, Elizabeth. “Estudios de impactos sociales en el Mercosur. Procesos relocalizatorios, nuevos espacios urbanos y reconstrucción de redes de relaciones sociales”. En *Cuadernos de Antropología Social* N° 15, pp. 49-69, FFyL - UBA – 2002.
- Cravino, María Cristina y González Carvajal, María Lara. “El barrio son los vecinos. El encuentro de las políticas con los barrios” En: Cravino, M.C. (2012) *Construyendo barrios. Transformaciones socio territoriales a partir de los Programas Federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-2009)*, Ciccus- UNGS; Los Polvorines, 2012.
- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela. “Introducción: Orden urbano y experiencias metropolitanas”. En: *Las Reglas del Desorden: Habitar la Metrópoli*. México: UAM-A. Siglo XXI. 2008.
- Harvey, David. *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Ediciones Akal. Madrid, 2013.
- Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*. Anthropos. Paris, 1971.

- Reguillo, Rossana. *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara. Universidad Iberoamericana/ITESO. 2005.
- Roberts, Bryan. (2006). “La Institucionalización de la pobreza”, en G. Saraví (ed.) *De la Pobreza a la Exclusión. Continuidades y Rupturas de la Cuestión Social en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo. Pp. 201-231.
- Segura, Ramiro. “Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico”. *Cuadernos del IDES* n° 9. 2006. Disponible en: [http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/ides/20110517102641/cuadernos9\\_Segura.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/ides/20110517102641/cuadernos9_Segura.pdf)
- Yujnovsky, Oscar. *Claves políticas del problema habitacional Argentino*. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, 1984.
- Zapata, María Cecilia. *La política habitacional porteña bajo la lupa: de los programas llave en mano a la autogestión del hábitat*. Editado por Tamara Mathov. – 1a ed . – Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2017.

**ISBN 978-987-4415-46-2**

